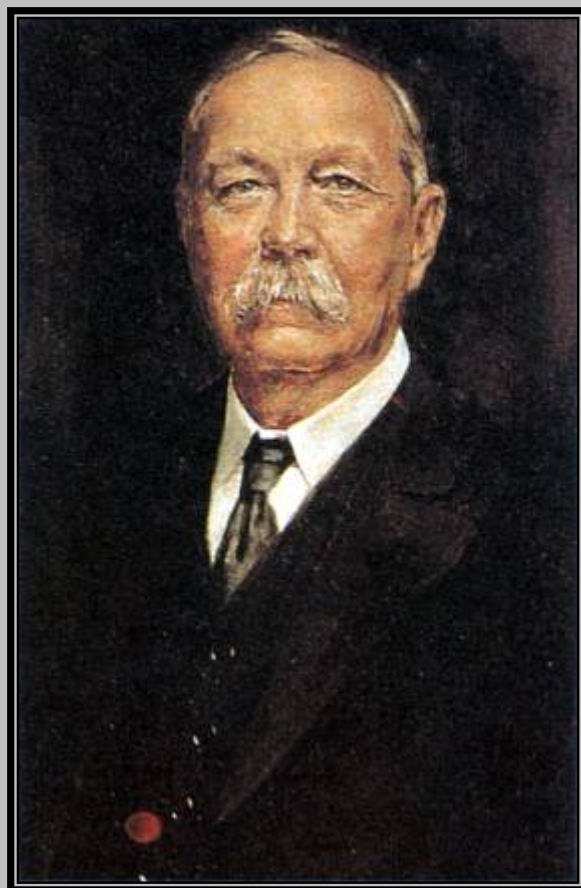


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo XIX. Vida después de la muerte

La guerra llegaba a su final, pero algunas cosas nunca volverían a ser iguales. Ciudades enteras y centenares de miles de personas habían desaparecido. El mundo estaba lleno de padres, madres, hijos, hermanos y esposas que, unidos en el dolor, sólo pensaban en sus seres queridos desaparecidos. Conan Doyle había perdido a su hijo Kingsley en 1917 y en febrero de 1919 fallecía su querido hermano pequeño Innes. Doyle siempre se había considerado responsable de su hermano menor, al que había cuidado y dirigido durante toda su vida. A pesar de la diferencia de edad, la temporada en que habían vivido juntos, cuando Conan Doyle comenzaba a ejercer la medicina, había afianzado la relación entre ambos hermanos, que finalizaba con la muerte del benjamín.



Fotografía obtenida durante una sesión de espiritismo. La médium inglesa Mrs. Guppy aparece en compañía de dos amigas y una extraña presencia, definida por los asistentes como un espíritu.

El trabajo y la creencia en una vida después de la muerte ayudaron a Conan Doyle a sobrellevar el fallecimiento de dos seres tan queridos que, por ley de vida, deberían haberle sobrevivido. El amor y el apoyo de su esposa fueron fundamentales en tan delicados momentos.

Una pérdida irreparable.

En 1920 la vida asestó un nuevo golpe a Conan Doyle. Ese año, y tras una larga enfermedad que había ido minando su salud, fallecía la madre del famoso escritor. Mary Doyle había sido para su hijo, madre, consejera, amiga y sobre todo un puerto que le permitía ponerse a salvo de cualquier tempestad. La debilidad de carácter de su padre había sido la causa de que Doyle se compenetrara con su madre, por la que sentía gran admiración y a la que quería profundamente.

La desaparición de su madre, a pesar de la avanzada edad de Mary Doyle y de la enfermedad que la consumía, fue un duro golpe para Conan Doyle. Como todos los hijos, ante el fallecimiento de la madre sentía que la vida ya nunca sería la misma y que había pasado a primera línea, perdiendo para siempre su amparo. Sabía que ya no disfrutaría de los sabios consejos que tantos errores le habían evitado y que le habían advertido de las consecuencias de otros que cometió al no hacer caso de sus palabras. El cordón umbilical entre madre e hijo se había roto definitivamente.

The new revelation.

Al finalizar la guerra, Conan Doyle había publicado su primer libro enteramente dedicado al espiritismo. Su título, *The New Revelation (La nueva revelación)*, indicaba claramente el espíritu del libro, destinado a infundir esperanza a tantas y tantas familias destrozadas por los avatares de la Gran Guerra. Conan Doyle, muy afectado en su propia carne, intentaba ofrecer consuelo a las personas que buscaban una respuesta a la desaparición de sus seres queridos. A partir de ese momento y hasta el final de su vida, Doyle se dedicó a investigar sobre el espiritismo como vehículo de esperanza para poder contactar con los que se habían ido.

The New Revelation era una declaración pública de Conan Doyle a favor del espiritismo, y causó sensación entre el público lector. Por un

lado, era un tema candente que interesaba a mucha gente, pero además no era un cualquiera el que lo escribía, pues se trataba del famoso "padre" de Sherlock Holmes y del profesor Challenger, autor de novelas históricas y defensor de causas muy conocidas que le habían convertido en un personaje público, tremendamente popular. Que se confesase públicamente espiritista una persona de tanta envergadura conmocionó a la sociedad inglesa. Doyle trataba además un tema siempre candente, pero mucho más después de una guerra: ¿Qué les sucede a las personas después de la muerte?



La guerra trajo desolación y escasez. Cartel inglés de 1917 para una campaña de ahorro en el hogar.

El caso de los hermanos Thomas.

En sus estudios sobre los fenómenos espiritistas, Conan Doyle pretendía ser lo más objetivo posible, pero sin cerrarse a la posibilidad de lo fantástico, como hacían muchos científicos de la época. Culpaba a muchos de ellos de estar llenos de prejuicios que les impedían estudiar con imparcialidad los fenómenos paranormales. Otros criticaban a médiums y estudiosos a los que no conocían y se permitían juzgar la veracidad de los fenómenos que sucedían durante las sesiones, sin haber asistido nunca a ellas. A principios del año 1919, el matrimonio Doyle viajó a un pueblecito de Gales llamado Penylan, donde vivían los hermanos Tom y Will Thomas. Su padre era el presidente de la Merthyr Spiritualist Society, y su madre y sus hermanas eran famosas médiums. Toda la familia era muy conocida en el país de Gales y en los ambientes espiritistas de medio mundo. Su espíritu guía era un indio llamado Aguila Blanca, y la fama que estaban alcanzando los hermanos Thomas atraía a celebridades de todo el mundo, como era el

caso de Sir Arthur y Lady Jean Conan Doyle.

Durante una sesión celebrada en casa de otro famoso espiritista, los asistentes comprobaron cómo Tom hacía volar por la habitación diferentes objetos, entre ellos una pandereta que sonaba como si alguien la estuviera tocando. En un momento determinado, Tom, que se encontraba en trance y atado a un pesado sillón, preguntó a la señora Doyle si tenía frío; al contestar Jean afirmativamente, una chaqueta de Will Thomas voló hasta su regazo. Luego todos los objetos que Jean intentaba colocar sobre la chaqueta salían volando. El efecto combinado del miedo que producían los objetos, los gritos de temor de los



Montaje fotográfico que muestra a un conocido detractor del espiritismo con dos presencias: de un lado, Conan Doyle, y del otro, un "espíritu húmedo".

asistentes y los susurros de Thomas era abrumador. La evidencia que ésta y otras sesiones brindaban a Doyle, le volvía irascible contra científicos e intelectuales que se permitían ironizar y ridiculizar al espiritismo y a sus adeptos, sin haberse tomado la molestia de hacer la mínima comprobación, hablando sólo de oídas. El escritor atacaba a personas como H. G. Wells, que presumían de progresistas y avanzados y que, según Doyle, vivían atezados por sus prejuicios. Comparaba a estos detractores con una persona que describiera Francia como un país donde todo el

mundo habla alemán, sin haber pisado el país, sin haber hablado jamás con ningún francés, y ni tan siquiera haber leído un libro sobre Francia. Este tipo de actitud le parecía intolerable y arrogante. Conan Doyle no era un estúpido pero sí un tanto ingenuo, y cuando creía en algo, luchaba vehementemente por ello hasta el final. La realidad es que en el mundo del espiritismo, junto con personas de probada honestidad, circulaban numerosos parásitos dispuestos a hacer negocio con la credibilidad de la gente necesitada de experiencias que hiciesen sus tristes vidas más llevaderas.

Capítulo XX. El más allá

En el prólogo de *The New Revelation*, Conan Doyle justifica el libro como un intento de clarificar o de conjugar las implicaciones espirituales con el estudio científico de los fenómenos espiritistas. Añadía que si lograba aportar un poco de luz, habría ayudado en lo que consideraba la más importante incógnita del género humano.

Al terminar sus estudios de medicina en 1882, Arthur Conan Doyle era, al igual que la mayor parte de sus compañeros, un materialista convencido. Sin embargo, los posos de su férrea educación católica y la compleja perfección de las leyes del universo le hacían creer en una fuerza



Retrato de Sir Oliver Lodge, científico y espiritista convencido, autor de Raymond, uno de los libros preferidos de Sir Arthur Conan Doyle.

superior que había creado esas leyes y las hacía cumplir. No obstante, en lo referente a la vida después de la muerte, su educación le decía que como la luz desaparece al apagar la vela, todo acababa con la muerte del ser humano. Cuando la materia se descomponía, nada quedaba. La

primera vez que oyó hablar del espiritismo le pareció sin sentido, una fuente de ingresos para unos cuantos pícaros que se beneficiaban de la incultura y de la ingenuidad de las pobres gentes.

Algunos de sus amigos estaban interesados en el espiritismo, pero Doyle desconfiaba e ironizaba con frecuencia sobre los fenómenos que le contaban. Hasta que, un día, cayó en sus manos *The Reminiscences of Judge Edmunds (Memorias del juez Edmunds)*. El autor era un miembro del tribunal supremo de Estados Unidos, un hombre rico y respetable, que contaba en su libro, con todo detalle, cómo mantuvo contacto durante años con su esposa muerta. Aunque las experiencias que contaba el juez



El conocido antropólogo Alfred Russel Wallace, gran rival de Darwin.

Edmunds no convencieron del todo al escéptico Conan Doyle, sí le animaron a interesarse por el tema y a continuar leyendo todos los libros que sobre esta materia caían en sus manos. Le maravillaba el número de gente notable, muy alejada de los crédulos patanes, que creía que el espíritu es independiente de la materia y puede sobrevivir al cuerpo. El respaldo que daban a estas teorías científicos como el químico Crookes, Wallace, el gran rival de Darwin, y Camine Flammarion, una eminencia en astronomía y física, hacía dudar seriamente al joven Doyle sobre la validez de sus propios temores. Por otro lado, pronto comprobó que los detractores, entre los que también había nombres tan famosos como Darwin y el escritor Aldous Huxley, mantenían una actitud dogmática y poco científica. Habían decidido

a priori que se trataba de trucos fáciles, y se mofaban de algo que desconocían y que no se molestaban en examinar.

A Conan Doyle, que pese a su desconfianza inicial llevaba años estudiando y analizando los fenómenos espiritistas, esta actitud le parecía indignante y poco seria. Su cabezonería escocesa le movió una vez más a denunciar el banal comportamiento de los detractores y a estudiar con mayor seriedad estos fenómenos.

La búsqueda.

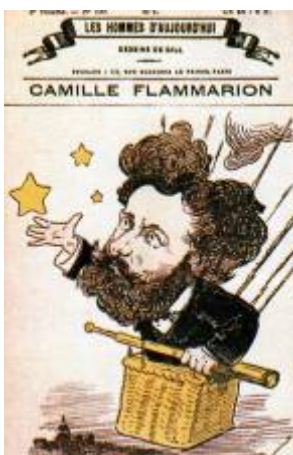
Lentamente, una larga serie de acontecimientos y experiencias fue derribando el mundo de objeciones que Conan Doyle oponía a la veracidad del espiritismo.

Una noche sucedió algo durante una sesión, en derredor de una mesa, que marcó profundamente a Conan Doyle. Cuando los asistentes efectuaban una serie de preguntas a un espíritu supuestamente presente, al escritor se le ocurrió preguntarle si sabía cuántas monedas llevaba en el bolsillo. La mesa contestó: "Estamos aquí para educar e inspirar; no para resolver acertijos." Nadie podía tachar de pueril el mensaje recibido.

Aunque sus experiencias personales no le convencían del todo, su afán de llegar hasta el fondo del asunto le llevaba a leer incansablemente sobre el tema, en busca de la verdad. Los testimonios ajenos tampoco le probaban que estuvieran en poder de la verdad, pero sí que su opinión merecía respeto y que sus teorías no podían desecharse sin motivo. Le impresionó sobremanera el relato del gran antropólogo Wallace, que aseguraba que el gran médium Daniel Douglas Home había volado por una habitación de techos altos ante un grupo de testigos. El que Douglas Home no fuera un charlatán cualquiera, sino sobrino del conde de Home, y que personalidades de tanto peso como Lord Dunraven, Lord Lindsey y el capitán Wynne jurasen haberlo visto con sus propios ojos, obligaban a Conan Doyle, si no a creer a pies puntillas, sí a tomarlo con precaución y respeto.



*El famoso químico
Sir William Crookes.*



Portada de Gill para la revista "Les hommes d'aujourd'hui", en la que aparece el astrónomo Camille Flammarion.

El precio de la fama.

Desde entonces y hasta la primera guerra mundial, Conan Doyle dedicó muchas horas de su precioso tiempo al estudio de estos fenómenos que tanto le interesaban. A pesar de que en muchos casos se demostraba que incluso algunos de los médiums más famosos hacían trampas, Conan Doyle defendía que éstos, como era el caso de la célebre Eusapia Palladino, sólo recurrían a los trucos cuando les fallaban los poderes. Era tal la fama que

tenían estos médiums y el acoso al que se veían sometidos por científicos e investigadores, que no podían permitirse fracasar, ya que un solo fracaso oscurecía todos los éxitos que hubiesen podido obtener. El más famoso de todos los médiums, Daniel Douglas Home, efectuaba sesiones a la luz del día e invitaba a sus grandes detractores a que intentasen encontrar indicios de truco o falsedad. Nunca ninguno de los asistentes a sus sesiones pudo demostrar la menor evidencia de engaño. Había otros como él que debían soportar la persecución de periodistas, detectives y científicos, empeñados en acorralarles y asediarles hasta poder demostrar la irregularidad y la falsedad de sus métodos.

Aparte de sus experiencias personales, Conan Doyle seguía siendo un lector impenitente, y en los años anteriores a la guerra unos cuantos libros habían llamado su atención, especialmente *Raymond*, de sir Oliver Lodge, *Psychical Investigations*, del profesor Crawford, *Thresholds of the Unseen*, del profesor Barret y *Ear of Dionysias*, de Gerald Balfour. El fogoso temperamento del escritor le empujaba a aceptar retos y a defender con vehemencia sus creencias. Conan Doyle hubiese resultado un magnífico vendedor de cualquier artículo de cuyas propiedades estuviese convencido. La certeza de la bondad del producto le hubiese impelido a intentar convencer a todos los posibles clientes más por el beneficio que ellos obtendrían que por la ganancia que hubiese supuesto su venta.



Grabado que muestra al médium Daniel Douglas Home levitando durante una sesión de espiritismo.

De la misma forma, llevado por su carácter, se implicó en la tarea de ganar las quinientas libras que, en 1919, el editor del "Sunday Express", James Douglas, ofreció a cualquier persona que pudiese probar, sin rastro de duda, haberse puesto en contacto con alguien fallecido recientemente. Tanto para Douglas como para Doyle, lo menos importante era el dinero. El editor sabía que el interés despertado en el público le haría vender una gran cantidad de periódicos mientras durase el desafío. Por su parte, Conan Doyle, que acababa de participar en la famosa sesión de los hermanos Tom y Will Thomas, consideraba que era el medio ideal para convencer a un gran número de personas. Para ello estaba dispuesto a colaborar con los intereses de Douglas, escribiendo un editorial para su periódico. Los primeros en aceptar el reto fueron los hermanos Thomas, y aunque los asistentes quedaron convencidos, no así los miembros del jurado elegido por Douglas, que se evitó el pago de las quinientas libras mientras su periódico incrementaba notablemente las ventas. Tras un nuevo intento fallido, Doyle formó un comité con miembros del "Sunday Express", del "Evening Standard", del "Daily Mail" y de otros periódicos. La médium era una especialista en contactar con hijos muertos durante la guerra, y su actuación convenció completamente al escritor, al ponerle en contacto con su hijo recientemente fallecido. Los miembros del jurado fueron más escépticos, y las quinientas libras de recompensa no salieron jamás de las arcas del "Sunday Express". Pero este aparente fracaso no amilanó al tozudo escritor, que continuaba defendiendo los resultados obtenidos, convenciesen o no al resto de los mortales.